

El mundo como cuerpo de Dios

Os ofrecemos a continuación el modelo sobre la Creación como el “cuerpo de Dios” de la franciscana y teóloga feminista Sallie McFague (1933). Al igual que hablamos de Dios como Padre, como Rey, como pastor, como amigo, y Dios no se agota en ninguna de estas metáforas, Sallie McFague nos propone hablar de la Creación como el cuerpo de Dios. Tenemos que ser conscientes que, aunque este tipo de lenguaje puede ser útil (ya que, al menos en el mundo occidental, las personas estamos más acostumbradas a pensar en Dios en términos personales que en términos abstractos), estas metáforas se vuelven constrictivas cuando se intenta identificar única y exclusivamente a Dios con cualquiera de ellas; también esta relativa a la creación.

Este modelo del universo como el “cuerpo de Dios” nos invita a hacer algo que los cristianos rara vez hemos hecho: pensar en Dios y en **todos** los organismos del universo. ¿De qué forma deberíamos pensar la relación entre Dios y el mundo si tuviéramos que **experimentar** con la metáfora del universo como «cuerpo» de Dios, como presencia palpable de Dios en todo tiempo y lugar?

Si lo que se necesita en nuestra era ecológica y nuclear es una visión imaginativa de la relación entre Dios y el mundo que haga hincapié en su interdependencia y reciprocidad, que incite a una sensibilidad de **cuidado** y responsabilidad hacia todas las formas de vida, ¿de qué modo nos ayudaría el contemplar el mundo como cuerpo de Dios? ¿Qué significaría, por ejemplo, entender el pecado como el rechazo a compartir las necesidades básicas de supervivencia de otros organismos?

¿Qué significaría ver a Jesús de Nazaret como el paradigma del amor de Dios hacia todos los cuerpos del universo? ¿Interpretar la creación de Dios en sus innumerables formas de materialización corporal con el aliento de vida del espíritu de Dios? ¿Considerarnos a nosotros mismos, seres profundamente interrelacionados con todos los diferentes organismos del cuerpo, y sin embargo con una especial responsabilidad por nuestra consciencia respecto al bienestar de nuestro planeta compartida con Dios? ¿Y si la promesa divina de su presencia permanente en todo tiempo y lugar fuera imaginada como una realidad de este mundo, como una presencia palpable? ¿Y si no tuviésemos entonces que ir a ningún lugar especial (iglesia) o a ninguna otra parte (otro mundo) para estar en la presencia de Dios, sino que pudiéramos sentirnos en esa presencia en todo tiempo y en todo lugar de nuestro mundo? ¿Y si imaginásemos la presencia de Dios en nosotros y en todos los demás, incluyendo lo último y lo más pequeño?

Tal enfoque puede hacernos ver de manera diferente las dimensiones de la relación entre Dios y el mundo que, tal vez, no hayamos visto hasta ahora.

Debemos recordar de nuevo que una metáfora o modelo, no es una descripción. Trataremos de pensar en modo condicional sobre la relación Dios-mundo, porque no tenemos otra forma de hacerlo. Ninguna metáfora se adecúa completamente a la realidad, y algunas son más absurdas que plausibles. Hemos de darnos cuenta de cómo no debe aplicarse una metáfora (¡decir que Dios es el Padre no significa que tenga barba!)

Los cristianos, dada nuestra tradición, deberíamos estar más predispuestos a encontrar el sentido de un lenguaje «corporal», no sólo a causa de la resurrección de la carne, sino también en virtud del pan y el vino de la eucaristía como cuerpo y sangre de Cristo, y de la Iglesia como cuerpo que tiene a Cristo por cabeza. Los cristianos tenemos una sorprendente tradición «corporal»; sin embargo, cuando se contempla el mundo como cuerpo de Dios, ese cuerpo incluye algo más que a los cristianos y algo más que a los seres humanos.

A lo que finalmente llega este experimento con el mundo como cuerpo de Dios es a la conciencia, estremecedora y asombrosa, de que, como seres del mundo, como seres corporales, estamos en presencia de Dios. Éste es el fundamento de un sacramentalismo renacido, es decir, de una percepción de lo divino como algo visible, presente, palpablemente presente en nuestro mundo. Pero es *un tipo de sacramentalismo* que es dolorosamente consciente de la vulnerabilidad del mundo, de su valor inapreciable, de su unicidad. El mundo, con su belleza y su capacidad para mantener a la vasta multitud de especies que contiene, no está ahí para que nos lo apropiemos. El mundo es un cuerpo que debe ser cuidadosamente atendido, que debe ser alimentado, protegido, guiado, amado y amparado por su valor en sí mismo, pues, como nosotros, es expresión de Dios, e igualmente necesario para la continuación de la vida. Nos encontramos con el mundo como con un Tú, como el cuerpo de Dios donde Dios está presente, siempre, en todo tiempo y en todo lugar. En la metáfora del mundo como cuerpo de Dios, la resurrección se convierte en una realidad de este mundo, presente, inclusiva, pues este cuerpo se ofrece a todos: «Éste es mi cuerpo». Como ocurre con todos los cuerpos, a pesar de su belleza y de su valor inapreciable, este cuerpo es vulnerable y está en peligro: sólo deleitará nuestros ojos si lo cuidamos; sólo nos alimentará si lo

alimentamos. Por consiguiente, es innecesario decir que, si esta metáfora arraigara en nuestra conciencia resultaría de ello una manera diferente de estar en el mundo. No habría ninguna posibilidad de seguir considerando a Dios sin el mundo o al mundo sin Dios. Ni tampoco esperaríamos que Dios se ocupara de todo, ya fuera mediante el dominio o mediante la benevolencia.

No vemos directamente, sino por medio de imágenes. El modelo del mundo como cuerpo de Dios alienta actitudes holísticas de responsabilidad y **CUIDADO** hacia lo vulnerable y lo oprimido; es no jerárquico, actúa mediante la persuasión y la atracción y tiene mucho que decir sobre el cuerpo y la naturaleza. Son representaciones, pero ¿qué representación es más auténtica para el mundo en que vivimos, para esta era nuclear y ecológica y para la buena noticia del evangelio que queremos contar los cristianos?

Nuestra profunda necesidad de una representación convincente y atractiva del modo en que Dios se relaciona con nuestro mundo exige no sólo deconstruir, sino también reconstruir nuestras metáforas, permitiendo que



aquellas que parezcan prometedoras tengan posibilidad de demostrar su validez.

Nosotros somos sujetos agentes, y Dios posee un cuerpo: ambas facetas del modelo nos incumben a Dios y a nosotros. Esto significa que no somos simples partes sumergidas del cuerpo de Dios, sino que nos relacionamos con Dios como con otro Tú. La presencia de Dios en nosotros, en y a través de su cuerpo, es una experiencia de encuentro, no de inmersión. Esto nos confiere un *status* particular y una especial responsabilidad, pues sólo nosotros podemos decidir ser compañeros de Dios en el cuidado del mundo; sólo nosotros podemos —como Dios— cuidar

maternalmente, amar y amparar al mundo, el cuerpo que Dios ha dispuesto para nosotros como presencia divina y como hogar.

Ahora nos podemos imaginar como dentro de esta metáfora serían las relaciones del ser humano con Dios. Es posible que las relaciones intrínsecas e interdependientes que mejor conocemos son también las más íntimas e interpersonales: son aquellas con las que da comienzo la vida, las que la sostienen y la alimentan.

Así en este modelo hay una relación personal para la interpretación de la relación Dios-mundo que nos lleva, finalmente, a plantear las metáforas concretas de madre, amante y amigo/a. Si aceptamos el modelo personal, deberemos preguntarnos cuáles son los modelos personales más apropiados para expresar la capacidad y la presencia salvadora de Dios en nuestro tiempo. Aunque la mayor parte de las metáforas personales de la tradición judeocristiana proceden del terreno político (Dios como Rey, un Reino de Dios), una interpretación del evangelio como realización plena para toda la creación debería dirigir su mirada hacia otros ámbitos. Debería mirar hacia ese nivel de la experiencia humana relacionado con los orígenes, la continuación y el mantenimiento de la vida; el nivel en el que se refleja, no cómo gobernamos nuestras vidas, sino cómo vivimos y cuál es la calidad de esa vida. En una interpretación del evangelio para una era holística y nuclear, en la que la continuidad y la calidad de vida deben considerarse preocupaciones centrales, debemos volver a las realidades y a las relaciones fundamentales de la existencia para encontrar metáforas que nos permitan expresar esa interpretación. Los símbolos referidos a la supervivencia de las especies, al alimento, al agua, a la respiración y a la sangre (todo lo que hace posible que la vida encarnada comience y continúe), así como la relación de madres (y padres), amantes y amigos (las relaciones básicas que, más que cualesquiera otras, contienen el potencial necesario para expresar la plenitud más profunda), son los elementos a partir de los cuales pueden elaborarse las metáforas que expresen la presencia salvífica de Dios.

En resumen, hemos propuesto las metáforas concretas de madre, amante y amigo/a, que proceden de los niveles más profundos de la vida y están relacionadas con su más plena realización, como posibilidades reveladoras para expresar una comprensión inclusiva y no jerárquica del evangelio. Hemos defendido que el objeto de este evangelio no son los individuos, sino el mundo, y hemos propuesto que el mundo —el cosmos o universo— se contemple como cuerpo de Dios.

Hemos intentado imaginar la promesa de la resurrección de la presencia divina —«He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»— como una realidad de este mundo, como presencia de Dios en el cuerpo de nuestro mundo. Hemos imaginado a Dios cuidando intensamente del mundo y llamándonos también a **nosotros a cuidar de él**. Esta imagen es radicalmente distinta de la de un rey resucitado y ascendido a los cielos en relación con su reino; pero nos parece particularmente apropiada para interpretar la historia de Jesús de Nazaret como una sorprendente invitación a los últimos y a los más pequeños, expresada en sus parábolas, en la mesa compartida y en la cruz. Esa visión de plenitud puede percibirse cuando concebimos el mundo como cuerpo de Dios en el que Dios está presente como madre, amante y amigo/a de lo último y lo más pequeño de toda la creación.

REFLEXIONA.

¿Cómo te sientes sintiéndote ahora mismo **“en”** el cuerpo de Dios (cómodo, frío, insignificante, perdido, alegre...)? ¿Estas en su cuerpo como un gusanito en la tierra? Bueno, un poco más grande.....o como un águila, una piedra....Igual que necesitamos metáforas, también **“lo de Dios”** necesita plasmarse sin palabras...Dibuja de alguna manera el mundo como cuerpo de Dios y tu ahí....¿Ves algún sacramento (signo) que podamos **“inventar”**?